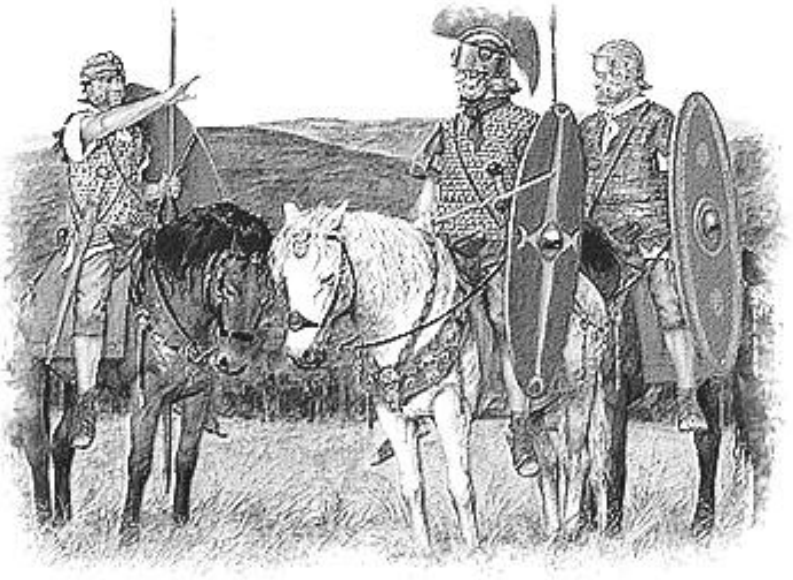
Dulces historias, amargos relatos

Alfonso Carrasquer

Indice

I.	Ante Diem IV Nones SextiIias	9
II.	La cueva de los deseos	21
III.	Ante Diem IV Nones Sextilias	33
IV.	El regreso	40
V.	Ante Diem III Nones Sextilias	61
VI.	El secreto de Julián	69
VII.	Pridie Nones Sextilias	80
VIII.	Huida hacia ninguna parte	85
IX.	Ante Diem VI Ides Sextilias	113
X.	Tiempo de desamor	123
XI.	Pridie Ides Sextilias	135
XII.	La memoria perdida	138
XIII.	El último hispano	154



Ilerda, 73 a.C.

Ante Diem IV Nones Sextilias

Cuando Quinto Sertorio inició su camino aquella mañana, no podía imaginar qué incierto futuro le reservaba el destino.

Bajo un sol de justicia y acompañado por apenas tres decurias, cruzó el río y avanzó entre los campos de cebada que rodeaban la muralla ilerdense. La llanura despertaba ante él desnudando sus tallos a manos de disciplinadas hoces. Los campesinos, al advertir la presencia de la comitiva imperial,

cesaron por un instante en sus tareas, admirados por el fulgor que desprendían corazas, escudos y caballerías.

Tras varios días de inciertas negociaciones, Sertorio había logrado sellar un importante pacto con los ilergetes, la tribu dominante en aquella región. Ese acuerdo reforzaba su hegemonía sobre las ciudades que todavía conservaba bajo su poder. Con el valioso documento en sus manos, pretendía llegar a Osca esa misma noche. Aunque el camino era largo y tedioso Quinto trataba de distraer el ánimo creando cábalas sobre un futuro tan esperanzador como incierto. Muy pronto, la nueva promoción de fieles magistrados iniciaría su andadura en el flamante Senado oscense, símbolo de la ciudad. Se enorgullecía asimismo de sus aguerridos soldados hispanos, capaces de hacer frente a cualquier centuria enemiga que se pusiera por delante. Sin embargo, rememoraba las trágicas noticias que llegaban desde la costa, temiendo que la insigne Tarraco, una de las ciudades aliadas, hubiese sido pasto de las legiones de Pompeyo.

Con el tiempo, Sertorio se había convertido en el mayor enemigo de la República. Tras las sangrientas luchas entre las facciones populares y optimates por alcanzar el poder, Roma se arrodillaba ante la tiranía del despiadado Sila. Sertorio, fiel a la causa popular, había sido tachado como un rebelde. Sin duda, su antiguo nombramiento como pretor era un nefasto recuerdo que se agitaba sobre la conciencia del tirano. De manera involuntaria, Sila había dejado germinar una semilla que amenazaba con quebrantar la integridad de Roma. El mismo

hombre al que ordenó aplastar a los íberos, había jurado ahora librar a Hispania de aquella opresión.

Ausetanos, vascones, lusitanos y otras tantas tribus veían en Sertorio a su verdadero libertador; un general de talento, lleno de arrojo y generoso con sus soldados, a quienes no dudaba en repartir todo el botín sin quedarse nada a cambio. Experto en la guerra irregular, a la que sacaba el máximo provecho, atacaba las rutas de abastecimientos enemigos y hostigaba sus campamentos, para después ocultar sus tropas en terrenos escarpados y de difícil acceso. Ese modo de vida requería de grandes sacrificios; sus hombres tenían que hacer largas y penosas marchas, con escasos víveres y durmiendo siempre a la intemperie. Pero el carisma que mostraba ante sus soldados, lograba que éstos soportaran gustosos todas aquellas penalidades.

Acechado por sus enemigos, había establecido su frágil gobierno al norte de la Hispania Citerior y hecho a Osca su capital. Aunque amaba aquellas tierras, nunca dejó de sentirse romano. Evocaba todavía a su antigua patria, donde el recuerdo de una madre a quien idolatraba, le sumía con frecuencia en una profunda y amarga tristeza. Una pesadumbre que se agravó cuando, desesperado, quiso pactar con Sila una paz duradera. A cambio, él regresaría pacíficamente a Nursia, la ciudad que le vio nacer. Pero aquel pactó naufragó cuando el Senado de Roma cursó un decreto donde se le señalaba oficialmente como un proscrito. Sus enemigos habían llegado a ofrecer una recompensa de cien talentos de plata y veinte yugadas de tierra a todo aquél que pudiera darle muerte. Para más inri, su afamado

ejército que había llegado a contar con más de 40.000 soldados, empezaba a debilitarse, en un territorio cada vez más asediado por las centurias enemigas.

La noche anterior tuvo un mal presentimiento. Un sueño extraño donde se veía sumergido bajo las aguas de Aqueronte; la pesadilla que anunciaba el final de sus días. Por primera vez, después de tantos años de lucha, tuvo miedo a la muerte. Aquella misma mañana, cambió sus planes y decidió apartarse de la vía que atravesaba Tolus y Pertusa. Recorrería más de cuarenta leguas hacia el norte por caminos secundarios y poco transitados, evitando de ese modo ataques rebeldes que pudieran entorpecer su camino o quitarle la vida. Confiaba en su valiosa experiencia militar y pensó que aquella nueva ruta podría protegerle de cualquier peligro.

A aquellas horas de la tarde, el calor que desprendía Vulcano se hacía insoportable. Para muchos de los soldados no era grato internarse por aquellos caminos tan desconocidos. La comitiva se adentraba en el valle del Cinga, donde la quebrada llanura ardía bajo sus pies, al tiempo que unas nubes sigilosas planeaban sobre sus cabezas, presagiando, tal vez, una gran tormenta. El mes de sextilis era especialmente variable en aquella región y eso lo sabía muy bien el joven Atulo, buen conocedor de aquellas tierras. Hijo de la Iacetania y esclavo por la gracia de Roma, Atulo no conocía otra vida que la de servir a los demás. Cuando apenas contaba diez años fue vendido al caudillo por seis denarios de plata, aunque muy pronto triplicó su valor, mostrando a todos una gran agudeza. Poseía además

un don especial para olfatear los peligros que, a menudo, se cernían sobre la cabeza de su amo. Servil y obediente, logró muy pronto el afecto de Sertorio, hasta tal punto que en una ocasión, éste le ofreció la posibilidad de ser un liberto. Atulo tomó entonces una importante decisión: seguiría bajo las órdenes de su señor hasta la muerte. El caudillo, agradecido, hizo muestras de su gran generosidad y le nombró su consejero personal.

De repente, el cielo retumbó por primera vez. Enmudeció el sonido de las aves y tiñó el horizonte de enormes manchas grises. Atulo arrugó la frente con preocupado gesto y advirtió a su señor:

— Mi caudillo, debemos protegernos. Los dioses auguran una incierta tempestad.

— ¿Acaso no auguran mis enemigos algo peor? — respondió Sertorio— Desconfío de ellos más que de una simple tormenta.

— En esta época del año, el agua torna en piedra con endiablada rapidez. Tal vez un breve descanso nos proteja de la furia de Eolo.

— ¿Y retrasar nuestra misión? ¡Imposible! Pretendo cruzar la muralla de Osca antes de la décima. La noche es un buen refugio para aquellos que pretenden acabar con mi vida. Es de vital importancia que el documento sellado por Ansón llegue a manos de mis generales.

— Mi señor, algunos creen que sois la reencarnación del mismísimo Viriato.

— He oído hablar mucho de ese guerrero. ¿Tan cierto es lo que cuentan de él?

— Viriato fue un gran ejemplo de entrega y coraje para muchas de las tribus que conocéis. Tan sólo la traición de sus generales pudo acabar con su vida.

— ¿Pretendes acaso que muera yo también para salvar a Hispania?

— No anunciéis falsos designios, señor. Si así sucediese, yo sería el primero en perecer a vuestro lado.

En aquel instante, Sertorio sintió un agudo y amargo escalofrío. Pensó, tal vez, que la fuerza de Helios había debilitado su cuerpo. Ante él, un extenso bosque de encinas anclaba sus poderosas raíces sobre un tapiz de ardientes rocas.

— ¿Quién habita por estos lugares? —preguntó entonces a Atulo.

— Tal vez nadie. Son muy pocos los que se aventuran a vivir en esta región.

— Resulta bien extraño ¿Conoces acaso el motivo?

— Algo sé. Según he oído murmurar, estas tierras pertenecen al dominio de las terribles lamias.

— ¿Lamias? Curioso nombre para una tribu…

— Mi señor, las lamias no pertenecen a este mundo. Según contaban mis antepasados, son los verdaderos espíritus de nuestros ancestros; de héroes como Indíbil o Viriato; almas que vagan todavía por estos lugares. A menudo, sorprenden a los indígenas con sus apariciones y aterrorizan a aquellos que se atreven a truncar su sosiego.

— Me parecen absurdas todas esas leyendas. Mis únicos temores son las falcatas de mis enemigos.

En aquel instante, la lluvia hizo su repentina aparición. Muy pronto, el asfixiante polvo del camino se había transformado en alfombras de barro, dificultando la marcha de la comitiva. Sertorio, a su pesar, siguió el consejo de su fiel Atulo y con un acostumbrado gesto ordenó un merecido descanso a sus soldados. Los más avispados se cobijaron bajo unas rocas mientras esperaban el final de la tormenta. El caudillo miró al cielo con el rostro amargo, lamentando el retraso que aquella inoportuna lluvia podía causarles.

Fue entonces cuando sucedió algo imprevisto. ¿O tal vez no? Bajo el adverso influjo de Tisífone, el caballo de Sertorio rompió la soga que le amarraba a un árbol. Asustado por el retumbar de los primeros truenos, el animal se encabritó y elevó sus pezuñas sin dirección precisa, alertado de que algo funesto podría suceder.

— ¿Qué le pasa a esa bestia? —preguntó el caudillo, ante la atónita expresión de su consejero.

— Lo desconozco, mi señor —respondió éste—. Tal vez la tormenta haya alterado su sosiego. Trataremos de apaciguarlo cuanto antes.

Atulo ordenó entonces a Marcelo, uno de los soldados, que fuera él a resolver tan ingrata tarea. El decurión avanzó hacia el caballo lentamente, poco convencido de poder solventar la situación. Fue entonces cuando el animal se enfureció todavía más y echó a trotar hacia el interior del bosque.

Malhumorado, Sertorio dudó un instante antes de echar a correr tras él.

— ¡Señor, no vayáis ahora! —exclamó Atulo con cierta inquietud—. La lluvia puede arreciar en cualquier momento. Enviaremos a Marcelo en busca de vuestro caballo.

Sertorio no quiso escuchar los consejos de su disciplinado asistente y se internó entre la maleza a gran velocidad. Durante un breve instante, oyó a la bestia trotar por un sendero que no parecía tener fin. La espesura del bosque aumentaba a cada paso, al tiempo que un inquietante silencio se apoderaba de aquel lugar, truncado solamente por el crujir de las ramas que se aplastaban bajo sus pies.

Al advertir que su acción resultaba estéril, quiso retomar el camino de vuelta. Sin embargo y ante su asombro, vio que la senda había desaparecido; se había literalmente esfumado. Le extrañó mucho no poder hallar una salida en aquel bosque, pues siempre había presumido de poseer gran olfato. Aturdido, llamó a sus soldados con desesperados e inútiles gritos de auxilio; todo fue en vano.

Al caer la noche se hallaba exhausto. Los tonos del atardecer habían mudado en mantos húmedos y oscuros, desfigurando el aspecto de aquel lugar. Agazapado entre la maleza, maldijo no llevar encima una buena capa que pudiera, al menos, protegerle de la lluvia. Extrañó también su espada, sin la cual se sentía indefenso en aquel inhóspito bosque.

Abatido y calado hasta los huesos, decidió reposar sus costillas bajo el abrigo de unas rocas que parecían ser madri-

guera de alguna alimaña. Cuando fue a recostarse sobre la humedecida tierra, creyó ver un extraño resplandor entre los arbustos. Recordó entonces a sus soldados y pensó, sin duda, que éstos habrían iniciado al fin su búsqueda. Sin embargo, observó que aquella luz procedía del interior de una covacha que parecía camuflarse entre la maleza. Apartando la hojarasca con los pies decidió averiguar el origen de tan misterioso brillo. Mientras se acercaba, sigiloso, acudieron a su mente las temibles lamias, aquellos seres espantosos que Atulo había nombrado con tanta inquietud. Cuando más intranquilo se hallaba, una repentina voz susurró a sus espaldas:

— Puedes entrar, amigo…

Asustado, Sertorio giró su cuerpo y trató de revolverse con un furioso ademán, erizando su piel para hacer frente al miedo. Sin embargo, sus puños se paralizaron al ver ante sus narices a un diminuto y encorvado anciano. Protegido con una gruesa piel, sus manos sostenían, entre cientos de arrugas, una pequeña lámpara de aceite. De cuerpo frágil y alargados cabellos blancos, su mirada transmitía cierta confianza y su aspecto nada tenía que ver con brujas o espantos que Sertorio hubiera imaginado.

— Nada has de temer ante un viejo eremita —dijo entonces—. Cobíjate en mi cueva hasta que cese la tormenta.

Sertorio arrinconó al instante todos sus temores al ver que aquel anciano no podía hacerle ningún daño. Confundido y sin soltar palabra, asintió con un gesto que pretendía ser amable y ambos penetraron en la cueva.

En su interior, una estrecha y sinuosa galería conducía hasta el centro de la gruta. Nadie hubiese imaginado tanto espacio viendo el pequeño hueco que servía de entrada. Una enorme sala dio la bienvenida a los recién llegados. Al fondo, un acogedor fuego crepitaba con fuerza desvaneciendo la penumbra inicial. A ambos lados, se apilaban cientos de vasijas, tarros y tinajas sobre los que colgaban diminutos ídolos de barro. Una sencilla ara de piedra, situada en el centro, daba al lugar un aspecto ciertamente tenebroso.

Al ver todas aquellas piezas hábilmente decoradas, el caudillo se estremeció. Recordó por un instante sus días de infancia, cuando jugaba a ser un héroe correteando por los mercados de Nursia. Sin embargo, lo más sorprendente de aquel lugar era la fragancia que emanaba de sus paredes. Una mezcla de romero y miel penetraba en sus sentidos como un erótico bálsamo, aliviando por momentos su denotada fatiga. Tras tantos y largos años sin tregua, su espíritu no había logrado aún hallar la paz y el descanso necesarios. Sobre su piel se enquistaban todavía las huellas del miedo y las heridas de la desconfianza.

El anciano adivinó la excitación en el rostro del joven y le ofreció algo de sustento. Tras la ingesta de una copiosa ración de legumbres y unas deliciosas moras, ambos se acomodaron sobre gélidas losas a modo de asiento, sosteniendo entre sus manos dos generosas tazas de aguardiente. El eremita hizo honor a su papel de anfitrión y realizó las obligadas presentaciones.

— Mi nombre es Balkar y soy hijo de la Turdetania, si bien ha tiempo que estos bosques me acogieron como a un hermano. ¿Quién eres y a qué debo tu visita, extranjero?

Sertorio no quiso revelar al anciano su verdadera identidad. Supuso, sin duda, que éste le tomaría por un chiflado. En consecuencia, se presentó ante él como un simple liberto que había extraviado el caballo de su amo a causa de la inesperada tormenta. Balkar, con un fingido gesto de aprobación, sospechó al instante que aquellas palabras no eran del todo sinceras.

— Por tu modo de hablar —dijo, con cierta aflicción— no pareces ser quien dices, mas debo creerte. Como puedes apreciar, sencillo es mi hogar como tediosa es mi existencia. Con los primeros brillos del amanecer, acudo puntualmente hasta la planicie que rodea este bosque, en un lugar soleado y cercano al río. Con gran paciencia y dedicación, cuido de unos panales que allí se hallan, esperando la llegada de los primeros fríos para recolectar su preciado néctar, tarea que no debe descuidarse nunca. Al declinar el día, regreso de nuevo a esta cueva y almaceno la miel en pequeños recipientes.

El anciano mojó sus labios con el ardiente licor y siguió hablando con gran parsimonia.

— Ser mielero no resulta ser tarea grata. Recluido en este bosque, no hallo ocasión de conversar con demasiados visitantes. Solum, el poblado más cercano donde acudo a vender la miel, asemeja ser un desierto. Sus gentes exhiben modales groseros y hacen gala de una terrible ignorancia. En cambio, tú no pareces ser como ellos. Por tus gestos y apariencia, advierto en ti a un hombre cultivado y honesto. No suelo

errar en mis apreciaciones, aunque lamentaría haberlo hecho en esta ocasión.

Sutilmente adulado, Sertorio quiso seguir el hilo de la conversación. Su voz carraspeó un par de veces antes de hablar.

— Agradezco tus halagos y atenciones, anciano. Aunque, por tus palabras, intuyo que es mi compañía el precio a pagar a cambio de tu tan preciada hospitalidad.

— Pareces un joven avispado —replicó Balkar, con cierta ironía—. Créeme si te digo que no es ése mi propósito. Soy hospitalario por naturaleza y ya desde muy joven aprendí a compartir lo poco que poseo. Mi memoria es, tal vez, otra de las pocas virtudes que aún conservo intactas. A menudo, suelo recordar las leyendas que contaban mis antepasados en la calurosas noches de Híspalis; relatos que endulzan mi vida y la de aquellos que beben de mis palabras. Tú podrías ser uno de esos pocos afortunados.

Sertorio accedió a escuchar alguna de aquellas historias presumiendo que, al menos, podrían ayudarle a conciliar el sueño. Al calor de las primeras palabras, adivinó que el relato iba a resultar mucho más entretenido de lo que imaginaba.